

Dos informantes de la DEA, al servicio (¿o en contra?) de los gobiernos de México y de Estados Unidos

1 Luis Octavio López (a quien se refiere el siguiente artículo) fue contratado por la DEA para espiar a la policía mexicana y las operaciones militares. Trabajó como agente doble de alto rango. El *New York Times* lo expuso ante el público de ambos países el 28 de abril de 2013).

2 ‘Jennifer’, nombre en clave de Roberto López Nájera, (testigo protegido, ex miembro del cártel de Sinaloa) a quien la DEA capturó en México y trasladó a Florida para que declarara. La DEA le impuso el “infalible” testimonio de Jennifer (diseñado para ayudar al Chapo Guzmán) al gobierno mexicano a partir de 2008. Fue el testimonio del que Marisela Morales Ibáñez¹ se valió para justificar el despido y encarcelamiento de funcionarios de la PGR, así como de los generales clave que trataban de captura de al Chapo. Todas las personas a quienes Jennifer mencionó han sido puestas en libertad a principios de 2013, ante la falta de evidencias.

Sin saberlo (¿o deliberadamente?), Marisela Morales utilizó testimonios fabricados para quebrantar la lucha contra el narcotráfico, un programa clave de México. ¿Por qué lo hizo? ¿Es insincera, incompetente o se inclinó a favor de los criminales?

Marisela (quien ha permanecido en Florida desde que el pasó a manos del PRI el cargo que ocupó, según informa Raymundo Riva Palacio) se ubicó fuera del radar mexicano, pero sus partidarios del PAN en el Congreso están tratando de que sea designada Cónsul General de México en Milán, Italia, con la esperanza de frenar las investigaciones sobre su desastrosa aceptación del testimonio de Jennifer.

Parece que Marisela quería “creer” a Jennifer (¿o malévolamente le creía?). Jennifer reclamaba falsamente conocer los fondos que el narco utilizaba para ‘sobornar’ a funcionarios mexicanos que luego fueron castigados injustamente. Ver Raymundo Riva Palacio, quien exhibió a ‘Jennifer’ el 23 de enero de 2013.

<http://www.ejecentral.com.mx/jennifer/>

Ver también:

<http://www.laopinion.com/opinion-columnistas/Travesuras-de-Jennifer#.UYFoMhiBazU>

1. Jefe de Unidad Fiscal Especial, adscrita a la Fiscalía Especializada para la Atención de Delitos Contra la Salud (FEADS), Subprocuradora Especializada en Delincuencia Organizada (SIEDO) de la Procuraduría General de la República y a la sazón, Procuradora General de la República en 2012.

Hay peticiones en México para que Marisela sea procesada también al saberse que acusó falsamente a tres gobernadores y a más de 30 alcaldes. Ver <http://www.vanguardia.com.mx/limitamexicoinvolucramientodeeuparacombatiralnarco-1729966.html>

1 Un informador sobre la guerra contra la droga en tierra de nadie

Ginger Thompson. *The New York Times*. 29 de abril de 2013 ²

El pronóstico lanzó advertencias de nevadas récord, y en el pequeño escondite de Luis Octavio López Vega no había calefacción.

Los ladrones habían huido con los tanques de gas de la *camper* que Octavio López había estacionado a la sombra de la torre del elevador de un granero, cerca de un parque industrial abandonado. La herrumbre había carcomido el piso de su camioneta, la cual rara vez se atrevía a conducir porque no tenía seguro ni licencia. Su colitis le punzaba tanto que apenas podía sentarse con la espalda recta. Era la consecuencia de desayunar a base de burritos y refrescos dietéticos que se habían convertido en parte de su dieta diaria. No había trabajado en meses y consumía sus últimos 250 dólares.

Ir a un refugio podía exponerlo a preguntas sobre su identidad que no quería responder, y establecer contacto con su familia significaba ponerlos en aprietos ante la ley.

“No puedo seguir así, viviendo al día e ir a ninguna parte”, se había dicho López, de 64 años, una noche del invierno anterior. “Siento que me estoy consumiendo en un sitio. Después de tantos años es agotador”.

Octavio López, oriundo de México, dijo en español haber vivido bajo el radar en el oeste de Estados Unidos durante más de un decenio, camuflándose entre las oleadas de inmigrantes que llegaban a través de la frontera. Como muchos de sus compatriotas, trabaja en una variedad de empleos de bajos salarios, a disposición de gente sin tarjeta verde. Pero mientras López se mezclaba entre la población resiliente de manos callosas y ropa de segunda mano, sus aprietos iban mucho más allá de su estatus migratorio.

Fue el líder de lo que se considera, con mucho, el mayor asunto de tráfico de drogas en la historia mexicana. El episodio —que inspiró la película “Traffic” en 2000— enfrentó al ejército mexicano contra la DEA. A lo largo del decenio de 1990, López trabajó de cerca con

2. http://www.nytimes.com/2013/04/29/us/us-mexico-dea-informant.html?_r=0&pagewanted=print

ambas organizaciones. Se desempeñó como asesor del poderoso general que fue nombrado zar de las drogas en México al tiempo que era informante de la DEA.



Ralph Villarruel, segundo de la izquierda, era un veterano agente de la DEA que trabajaba en secreto con Octavio López y el general Gutiérrez Rebollo en investigaciones sobre narcotráfico. Villarruel conservó una fotografía con el general (al centro), tomada en 1995 a la hora de recibir una mención especial de la DEA por su ayuda. Octavio López está de pie en el extremo derecho.



Emma Cott/The New York Times

Stephen Gaghan, el guionista ganador de un Oscar por la película “Traffic”, y Villarruel hablan en un video sobre la forma en que la película lo mismo refleja la vida real de espejos que difiere de ella.

Sus dos mundos chocaron espectacularmente en 1997, cuando México arrestó al general Jesús Gutiérrez Rebollo, acusado de colaborar con narcotraficantes. Como Washington trató de entender el sentido de las acusaciones, ambos gobiernos buscaron a López. México lo consideró sospechoso de complicidad; la DEA lo vio como potencial mina dorada de información.

Estados Unidos lo encontró primero. Secretamente la DEA ayudó a López y a su familia a través a huir a través de la frontera a cambio de que cooperara con la investigación.

Las docenas de horas en que López declaró sobre los vínculos entre el ejército y los cárteles de la droga resultaron explosivas, lo que desencadenó una vertiginosa reacción en cadena en la cual México pidió ayuda a Estados Unidos para capturar a Octavio López. Washington negó conocer su paradero y abruptamente la DEA rompió sus lazos con él.

Desde entonces, el reservado, modesto marido y padre de tres hijos ha sido un fugitivo, huyendo de su país natal y abandonado por su país de adopción. Durante más de diez años ha sido portador de lo que sabe sobre el funcionamiento interno de la guerra contra las drogas que ambos gobiernos mantienen cuidadosamente en secreto.

Estados Unidos sigue fingiendo ignorancia sobre su paradero cuando las autoridades mexicanas presionan, y aún piden ayuda para encontrarlo, dijo un funcionario federal.

El encubrimiento fue dirigido inicialmente por la DEA, cuyos agentes no creyeron que las autoridades mexicanas tuvieran motivos legítimos contra de su informante. Posteriormente, otras dependencias judiciales se siguieron de largo por temor a que la relación de la DEA con López interrumpiera la cooperación entre los dos países en asuntos más urgentes.

“No podíamos decirle a México que estábamos protegiendo a la persona, porque eso habría afectado su cooperación de todo tipo con nosotros en otros programas”, dijo un ex alto funcionario de la DEA involucrado en el caso, pero que no estaba autorizado a hablar públicamente del informante confidencial. “Así que lo liberamos con la esperanza de que encontrara la forma de arreglárselas por su cuenta”.

Esta es la opaca dinámica que socava la alianza entre Estados Unidos y México en la lucha contra el narcotráfico, una lucha que a menudo se siente más como boxeo de sombra. Aunque los gobiernos están unidos por la geografía, ninguno cree que puede confiar plenamente en el otro. La terrible experiencia de Octavio López, reconstruida a partir de informes de inteligencia clasificados de la DEA y de entrevistas con él, su familia, amigos, y más de una docena de agentes y ex agentes federales demuestra por qué se justifica la mutua desconfianza.

La ausencia de cualquier indicio que condene o exonere a Octavio López por cargos de corrupción ha causado estragos en el ex informante, y su existencia de fugitivo ha sido un grillete de bola y cadena para su familia, a quien ve en encuentros esporádicos. Todos ellos

presentan síntomas de trauma emocional, que reverbera entre destellos de rabia, largos períodos de depresión, episodios de consumo excesivo de alcohol y paranoia persistente.

Durante varias y prolongadas entrevistas, Octavio López dijo en repetidas ocasiones que no era culpable de ningún delito; que se ha negado a entregarse a las autoridades mexicanas porque cree que lo matarán en lugar de someterlo a un juicio justo. Pero los años de vivir una vida circunscrita al anonimato han sido tan sofocantes como una celda carcelaria.

Casi todas las mañanas comienza el día en un McDonalds, donde el desayuno le cuesta menos de dos dólares como adulto mayor. La conexión Wi-Fi le permite leer detenidamente durante horas los periódicos mexicanos en su estropeada laptop, mientras repasa mentalmente las vicisitudes que lo han llevado hasta allí.

“Arriesgué la vida en México porque creía que las cosas podrían cambiar. Estaba equivocado. Nada ha cambiado —dijo López—. Ayudé a Estados Unidos porque creí que si todo lo demás fallaba, este gobierno me apoyaría, pero volví a equivocarme. Ahora lo he perdido todo”.

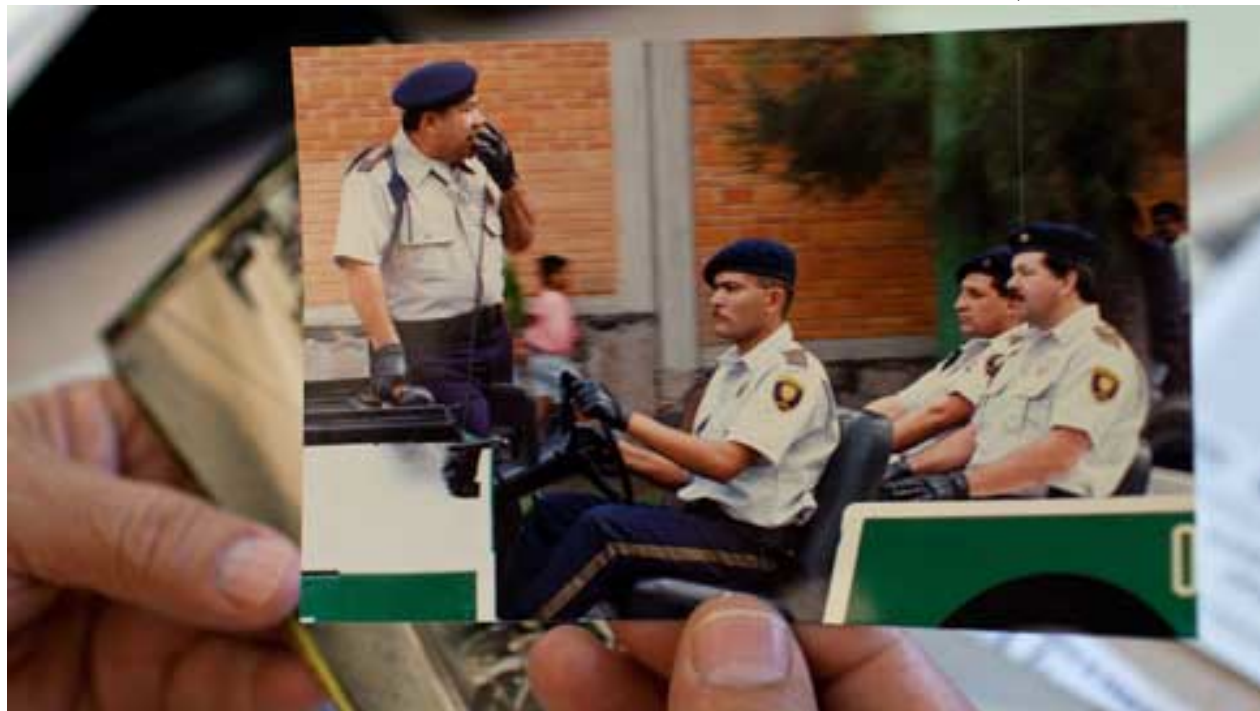
Entran los militares

Octavio López se pregunta por estos días si también está perdiendo la razón. En septiembre pasado fue a una clínica de salud a consulta psiquiátrica, expuso cómo sus emociones iban erráticamente de lo caliente a lo frío, así como su dificultad para dormir. Salió una hora más tarde con un diagnóstico de trastorno bipolar y un frasco de píldoras que decidió no tomar.

Bebiendo Coca-Cola light en una habitación de hotel con iluminación solar, López explicó que sentía que era más riesgoso depender de medicamentos que le podrían confiscar si caía en manos de la policía. Lo más importante, dijo, es que todo el diagnóstico se basó en una mentira —una de las muchas que dice para salir adelante cada día. Cuando el médico le preguntó cuál podría ser la causa de su estrés, dijo que su familia se había vuelto contra él.

“Imagínese si digo lo que realmente me pasa —dijo López—. ¿Por dónde empiezo? Por la vez en que ayudé a capturar a El Güero Palma, y que ahora me tratan como delincuente?”

En México escribieron corridos sobre el día de 1995 en que las autoridades cayeron sobre Héctor Luis Palma Salazar, conocido como “El Güero”, el temible capo del cártel de Sinaloa. La cita de Palma con su destino ocurrió en Zapopan, cerca de Guadalajara, un suburbio conectado para todo el que fuera un don nadie en la guerra contra las drogas.



En los años 1980 y 90, López, en el extremo izquierdo, fue jefe de la policía municipal de Zapopan, un suburbio de Guadalajara.

López trabajó casi veinte años en la policía municipal, la mayoría de ellos como jefe. Político astuto y pícaro, llamó la atención de la DEA, que lo habilitó como informante confidencial a mediados de los '90 y lo valoró por la confiabilidad de su información.

La violencia del narcotráfico estaba en su apogeo. Cuando las cosas se calentaban demasiado, López buscó el respaldo de general Gutiérrez Rebollo, poderoso aliado cuyo ámbito de competencia abarcaba cinco estados. Era parte de un acuerdo secreto, dijo López, en el que sus subalternos intercambiaban información sobre los carteles con los militares y el general siempre proveía refuerzos extra para la policía de Zapopan.

En casa, la esposa del López y sus tres hijos vivían rodeados de guardaespaldas y francotiradores. Con su marido a menudo ausente, Soledad López se mantenía ocupada en los niños. David, su hijo mayor, embarazó a su novia de la secundaria. Luis Octavio reprobó tres veces el segundo de secundaria. Cecilia, la menor, no entendía el tumulto a su alrededor y la señora López se encargó de protegerla.

Por entonces el Güero Palma se le cruzó en el camino. Octavio López se había retirado para montar una empresa de seguridad privada. El Güero Palma se había apostado en su ruta hacia una boda cuando su avión privado se estrelló en las montañas, cerca de Zapopan. La

Policía Federal que estaban en la nómina del cártel de Sinaloa lo barrió de la escena y lo escondió en una casa perteneciente a un supervisor.

Los guardias de seguridad de Octavio López comenzaron a recibir informes de actividad sospechosa en el lugar y lo alertaron, así como a los militares. Nadie se dio cuenta de que habían tropezado con uno de los narcotraficantes más notorios del mundo, hasta que López descubrió una pistola Colt .45 con una palmera o “palma” de diamantes, rubíes y zafiros incrustada en las cachas.

“Esto sólo pertenece a una persona”, dijo López.

El arresto fue aclamado en ambos lados de la frontera para justificar el papel sin precedentes que el ejército mexicano comenzaba a jugar bajo la presidencia de Ernesto Zedillo. La DEA llevaba tiempo presionando a México para que desplegara a los militares contra los carteles en lugar de la policía federal, que a menudo trabajaba con los traficantes y no en su contra.

La agencia ya colaboraba en secreto con el general Gutiérrez. Ralph Villarruel, veterano agente de la DEA que había trabajado con López, dijo que persiguió a sospechosos que el General creía que se escondían en Estados Unidos y se apoderó de alijos de cocaína que se movían a través de la frontera. A cambio, dijo, el general le permitió un “increíble acceso” a las escenas del crimen, a los sospechosos y a las pruebas.

Almando Gonzalez/Associated Press



General Gutiérrez fue nombrado zar de las drogas en México, pero más tarde fue detenido bajo la acusación de colaborar con el narcotráfico.

Después de aprehender al Güero Palma, López y el general Gutiérrez permitieron a Villarruel copiar los nombres y números que había en el celular del narcotraficante. Un agradecido Villarruel dijo que acordó con sus jefes en la Ciudad de México condecorar al general con una mención especial.

“Estábamos logrando cosas que nunca habíamos sido capaces de hacer, y yo quería reconocerlo”, dijo Villarruel, sobre una fotografía de ese acto, que ocurrió a puerta cerrada.

En diciembre de 1996 Zedillo distinguió al general Gutiérrez Rebollo como director del Instituto Nacional para el Combate de las Drogas³. Tal decisión fue una victoria para el gobierno del presidente Bill Clinton, que había puesto en vigencia el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y orquestado un plan de rescate 50 mil millones dólares de la economía mexicana. Tomar medidas fuertes contra los narcotraficantes no parecía demasiado pedir al vecino de Estados Unidos.

En el general Gutiérrez, cuya cara y el comportamiento se parecían a los de un perro pit bull, Estados Unidos vio el socio sin disparates que había estado buscando. El gobierno lo invitó a reuniones en Washington y el general Barry R. McCaffrey, coordinador de la política antidrogas de Estados Unidos, lo elogió como un soldado “de absoluta e incuestionable integridad”.

Parecía un giro radical en los acontecimientos de un líder militar poco conocido que podía contar con los dedos de una mano sus trajes y que nunca había viajado fuera de México. No obstante, cuando el General invitó a Octavio López para que fuera jefe de su gabinete, le preocupaba la perspectiva de mudarse a la capital. Pero el general insistió.

“Sentí que ir a trabajar a la Ciudad de México era como caer en un pozo de serpientes —dijo López— y tuve un mal presentimiento”.

“Hay un problema”

Menos de tres meses después, Octavio López asistía al nacimiento de un nieto suyo en Guadalajara cuando sospechó que algo había sucedido a su jefe. Durante días había tratado infructuosamente de comunicarse con el general Gutiérrez. Finalmente, el chofer del General estaba en la línea.

“No sé dónde está —dijo el chofer, según López—. No debes llamar aquí. No puedo hablar en este teléfono. Quizás estén escuchando, pero qué chigaos, debes saber que hay un problema”.

3. Hoy Fiscalía Especializada para la Atención de Delitos contra la Salud.

“¿Es algo grave”, preguntó López.

“Lo envuelve todo”, suspiró el chofer.

Cuando López colgó y llamó a la base militar de Guadalajara, el comandante lo convocó a una “operación contra el narcotráfico”.

“Yo no sabía exactamente qué estaba pasando —dijo López—, pero supe que en la base me esperaba una trampa”.

Le dijo a su familia que dejaran Zapopan y advirtió a sus colaboradores que se alejaran de la base. Durante días, López se mantuvo fuera, acampando en graneros abandonados y debajo de los puentes. Mientras, el ejército se apoderó de su casa y buscó sus pertenencias.

El 19 de febrero de 1997, el secretario de la Defensa, Enrique Cervantes Aguirre, en una dramática conferencia de prensa televisada acusó al general Gutiérrez de utilizar su autoridad para ayudar a proteger a Amado Carrillo Fuentes, un capo de la droga conocido como “El Señor de los Cielos”, para que enviara toneladas de cocaína en aviones comerciales.

El Secretario de la Defensa dijo que al confrontar al general Gutiérrez con la evidencia de la asociación, se desplomó, en lo que parecía ser un ataque al corazón.

Con todas las salidas de Guadalajara bajo control y supervisión, parecía imposible que Octavio López escapara. Era tan conocido que temía no poder ocultarse por mucho tiempo. López tomó prestada una página del libro del narcotraficante y fue a ver a un cirujano plástico para alterar su apariencia. Bajo un nombre falso, entregó al cirujano 2,000 dólares en efectivo y obtuvo un “lavado de cara”.

En Washington, la administración de Clinton convocó a los diplomáticos mexicanos y exigió que dijeran por qué su gobierno no había compartido sus sospechas sobre el general Gutiérrez antes de que viajara a Estados Unidos. El Congreso pidió a la Casa Blanca que anulara a México el status de aliado confiable en la guerra contra las drogas, una medida que podría conducir a sanciones contra el país en la compra de exportaciones estadounidenses. El episodio amenazó la cooperación de seguridad entre los dos países.

El Departamento de Justicia ordenó la DEA que explicara cómo pudo haber pasado por alto la evidencia de que el general Gutiérrez jugaba sucio. La DEA recurrió a Villarruel, quien comenzó a buscar a López.

La mayoría del personal de López había desaparecido, dijo Villarruel, quien se enteró de que el ejército los había detenido e interrogado, y que algunos de ellos habían sido torturados o peor. “Mis contactos fueron cayendo como moscas”, dijo Villarruel, el veterano agente nativo de East Chicago, Indiana con raíces familiares en Guadalajara. “Un día estuve hablando con un muchacho; al día siguiente estaba muerto”.

El mensaje de la DEA llegó a manos de López en mayo de 1997 en el preciso momento en que él y su familia pensaban que se les cerraba el mundo. Habían sanado sus cicatrices de la cara y pesaba casi 32 kilos menos después de cambiar su dieta de “vitamina T” —tacos, tostadas y tamales— por ensaladas y sándwiches de pavo. Se había teñido el pelo de rubio y se afeitó la barba. Aun así, dijo, temía que los militares lo aprehendieran.

Mientras tanto, su familia estaba luchando con un asunto aún más urgente. La nieta nacida en el momento del arresto del General estaba enferma. Su tez se tornaba azulosa y respiraba con dificultad.

La familia estaba tan aterrorizada de ser descubierta que la bebé agonizó durante varios días antes de que la llevaran al hospital. Los médicos le diagnosticaron una estenosis pulmonar, que restringe el flujo de sangre a los pulmones. Una cirugía alivió su respiración, pero no la de David, su padre. “Yo sabía que iba a necesitar mucha más atención —dijo—. ¿Cómo podría cuidarla si ni siquiera podía darle un hogar?”

A sus 22 años era, de facto, de el jefe la familia. Por motivos de seguridad era el único que conocía el paradero de su padre, un secreto que esperaba conservar si el ejército daba con él.

“Recuerdo que le dije a mi padre: Si los militares me detienen, me dan tres días —recordó—. El primer día bajo tortura sería el más difícil. El segundo día, se darían cuenta que no iba a decirles dónde estaba y me dejarían ir. Pero si no volvía al tercer día, era probable que no volvieran a verme”.

A fines de mayo la DEA abrió una vía de escape. Ofreció a la familia refugio en Estados Unidos y arregló visas y permisos de trabajo. Viajaron la esposa de Octavio López, tres hijos, la nuera, el yerno y dos nietos. Los miembros de la familia se dirigieron a Utah, donde tenían un amigo.

Octavio López los alcanzó quince días después. Vestido con un traje azul marino y un sombrero de fieltro que compró para el viaje, llegó a Estados Unidos con un maletín repleto con los ahorros de su vida: cien mil dólares y en la mira, la idea de empezar de nuevo.

A salto de mata

Este mes de enero, López y su hijo Luis Octavio fueron a Wendy a comprar una hamburguesa especial de 99 centavos. Cuando su hijo le entregó más de dos dólares para pagar la orden, unos cuantos centavos menos del total, el avergonzado padre tuvo que decirle que no podía cubrir la diferencia.

El dinero o la falta de éste ha sido la parte más difícil de vivir en la clandestinidad, dijo López. Sus ahorros se agotaron hace mucho tiempo, y a la mayoría de los empleadores no les interesa en un hombre de 64 años, sin tarjeta de Seguro Social ni historia laboral

documentada. Ha intentado tomar empleos diurnos, como lavatrastes y trabajador de la construcción, pero su espalda no es lo suficientemente fuerte.

Afortunadamente, dijo, tiene buen ojo para la chatarra, habilidad que heredó de su padre, quien tenía un taller de reparación de baterías del coche. Octavio López ha proyectado este talento a una escala mayor, hurgando en busca de piezas desechadas de automóviles, equipos de oficina y electrodomésticos que restaura y revende. Pero siempre está en la cuerda floja. Muchos días amanece sin dinero y nada que vender.

Sus terribles circunstancias reflejan una caída en picada desde su llegada a Estados Unidos como informante galardonado. La historia que narró a Villarruel y a otros funcionarios de la DEA equivalieron a una bomba, según los ex agentes implicados en el caso y los informes clasificados de inteligencia que The New York Times obtuvo.

Afirmó que el ejército mexicano estaba negociando un acuerdo para proteger a los cárteles a cambio de una parte de sus ganancias. López acusó específicamente a varios oficiales de alta graduación de estar implicados, al decir que algunos habían pedido a los cárteles 2,000 dólares por kilo de cocaína que cruzara el territorio mexicano.

Como anticipo, los operativos del cártel entregaron mochilas llenas de decenas de millones de dólares a los miembros de alto rango de las fuerzas armadas, según López. También acusó a las unidades de antinarcóticos entrenadas en Estados Unidos permitir que los capos escaparan durante sus los operativos.

“Es muy probable que los altos mandos del ejército quieran seguir sacando provecho de una relación continua con los narcotraficantes”, concluyó un informe de inteligencia.

Según su relato, López le dijo a la DEA que no creía que el general Gutiérrez estuviera entre los que conspiraban con los traficantes. Pero los informes de inteligencia sugieren que el General tenía vínculos con el cártel de Juárez, y que esta relación pudo constituir una amenaza para otros militares pagados por organizaciones de narcotraficantes rivales.

Parte de esa información comenzó a aparecer en 1998, en informes del Congreso y notas de la prensa, enfrentando a la DEA contra la Casa Blanca. Ocurrió en un momento inoportuno para el gobierno de Clinton, que aplaudía el arresto del general como prueba del compromiso del ejército mexicano para combatir la corrupción.

La Casa Blanca se opuso a toda medida que minara al segundo socio comercial de Estados Unidos. La DEA acusó a México de incumplir sus compromisos de seguridad, y abogó por la adopción de medidas que podrían derivar en sanciones económicas. “Definitivamente había una división entre nosotros y la Casa Blanca sobre México,” dijo un antiguo jefe de la DEA.

México, que aún trataba de localizar a López, intensificó su búsqueda en 1999. La Secretaría de Relaciones Exteriores solicitó la ayuda de Washington para determinar si radicaba en

Estados Unidos, dijo un alto funcionario judicial estadounidense. Los mariscales estadounidenses informaron que sí.

Más tarde ese año, Villarruel citó a Octavio López en un Denny's en San Diego. López se dio cuenta de que algo andaba mal cuando Villarruel llegó solo y pasó momentos difíciles cuando estuvo al alcance de su vista.

“Le dije que por órdenes de Washington ya no podía tener nada que ver con él”, recordó Villarruel. “Me di cuenta de que había algún tipo de presión, pero no podía decir si procedía del Congreso, de México o de dónde. Todo lo que sabía era que algo trataba con él, me metería en problemas”.

Las órdenes significaban que “a partir de ese momento, la agencia no protegería ni a mí ni a mi familia”, dijo López, quien quedó en estado de shock y confundido.

En el año 2000, cuando la votación del país echó al Partido Revolucionario Institucional de la Presidencia, la era de la democracia multipartidista no hizo borrón y cuenta nueva. El nuevo gobierno acusó oficialmente al Octavio López, emitió una orden de aprehensión en su contra y solicitó puntualmente a Estados Unidos que lo localizara, dijeron ex funcionarios estadounidenses.

Los funcionarios mexicanos discutieron el asunto con el fiscal general estadounidense, y el secretario de Estado en ese momento, John Ashcroft y Colin L. Powell, de acuerdo con la memoranda y los correos electrónicos de la DEA. Los alguaciles federales recibían dos tres llamadas al día de las autoridades mexicanas para preguntar qué tan cerca estaban de detener a López, según lo revela un memo.

Villarruel imploró a la DEA que ignorara la solicitud de extradición de México. Octavio López es “una de las pocas personas que quedan que pueden proporcionar información muy perjudicial sobre la corrupción de alto nivel, relacionada con las drogas en el gobierno mexicano”, escribió Villarruel a sus jefes. “Si López Vega es devuelto a las autoridades mexicanas —advirtió—, es muy probable que López Vega sea torturado y / o asesinado”.

Pero los funcionarios de la DEA se negaron a interferir con la orden de arresto.

Desafiando órdenes, Villarruel advirtió a López que cuidara a sus espaldas.

Alrededor de cinco meses después, López se reunió con sus hijos en la casa de un familiar en California cuando notó que gente sospechosa merodeaba por el barrio. De inmediato subió a un coche y se alejó.

Segundos después, les cayeron los equipos de SWAT, unidades caninas y helicópteros de la oficina del alguacil federal. Trataban de atrapar a López, pero fracasaron.

“Les sacaba veinte segundos de ventaja —dijo López—. Cuando andas huyendo, veinte segundos es mucho tiempo”.

Adaptarse a una nueva vida

Mientras Octavio López y su familia contienden con su nueva vida en Estados Unidos, una historia con giros similares comenzó a exhibirse en las salas de cine de todo el país. La película “Traffic” fue aclamada como un hito en la disección de las fuerzas transnacionales que impulsan la guerra contra las drogas. Retrata a Estados Unidos depositando sus esperanzas en un mercurial general mexicano, inspirado en el general Gutiérrez, que más tarde es atrapado por su complicidad con los cárteles.

El general se alió con un oficial de la policía mexicana, interpretado por Benicio Del Toro, quien cruza la frontera y da información a la DEA. El personaje resulta de una combinación de informantes, configurado con la ayuda de un consultor de la DEA; no inspirado en Octavio López, cuya existencia nunca ha sido reconocida por el gobierno estadounidense. La película termina con el oficial de regreso en México, gastando el dinero que la agencia le pagó por instalar la iluminación en el campo de béisbol de un barrio pobre.

Fuera de la pantalla, la versión de la vida real se orienta en un sentido infortunado. Después que López pasó a la clandestinidad, el gobierno de Estados Unidos revocó a su familia visas y permisos de trabajo, situación que los indujo a llevar existencia invisible entre la creciente población de inmigrantes mexicanos de Utah.

Soledad, la esposa de López, súbitamente tuvo que valerse por sí misma, aprender inglés y conseguir trabajo. Cecilia, su hija, comenzó a beber y abandonó la universidad, con la esperanza de que su rebelión sea suficiente para que su padre vuelva.

David y Luis Octavio, hijos de la pareja, cargan con la responsabilidad de la familia y con los efectos del trauma psicológico. “Todos estamos dañados”, dijo Luis Octavio, 35. “No hablamos mucho de la época en que queríamos escapar de nuestra situación. Pero todos lo hemos sentido así”.

A raíz de la incursión en California, los hermanos se defienden de las preguntas de los agentes federales, quienes les apuntaban a la su cara con sus armas y los amenazaron con deportarlos si no revelaban el paradero de su padre.

A los pocos años, David, el hijo mayor, siguió a su padre en la clandestinidad, y rara vez ve a su esposa y a sus hijos. Sus movimientos ocultos eran como algo salido de una novela de espías. Durante el día, trabajaba en empleos ocasionales. Por la noche, se metía de despachador en las gasolineras. Para evitar que lo siguieran, se cambiaba de ropa e iba en taxis a ver a su padre. Inventó un código para comunicarse mediante el viber y alquilaba sitios para esconderse.

“Le prometí estar a su lado hasta que todo esto termine —recordó David, de 38 años—. No

tenía idea de que esto duraría tanto tiempo”.

En Utah, Luis Octavio trabajaba en dos empleos para mantener a su familia. Como después de llegar a Utah se casó con una estadounidense, no tenía que preocuparse por la deportación. Sin embargo, trataba de buscar un medio legal para que los demás superaran esta dura experiencia.

En 2002, se reunió con los mismos agentes federales que buscaron a su padre, con la esperanza de hacerles ver que a Octavio López, ahora un anciano, lo había traicionado la DEA Michael Wingert, uno de los alguaciles, dijo a Luis Octavio que él lo veía con simpatía, pero que Estados Unidos no podía proteger a su padre ante la acusación mexicana, según una grabación del encuentro que Luis Octavio hizo.

“Ante un caso como éste, sólo podemos suponer que tu padre tiene enemigos en cargos realmente poderosos en México, y que lo quieren de vuelta”, dijo Wingert.

Varios años más tarde, en 2007, la familia López hizo su propio juego de poder. Compartieron su historia con asesores del senador Orrin G. Hatch, ex presidente del influyente Comité Judicial. Los miembros del cuerpo asesor del senador en Salt Lake City no hicieron comentarios sobre su papel, excepto para decir que refirieron el asunto a la Justicia y al Departamento de Seguridad Nacional, que ayudó a la familia a obtener asilo político en 2011.

Para entonces, David había vuelto a casa en Utah, donde su esposa dio a luz a su tercer hijo. Sin un historial de trabajo consistente, ha sido incapaz de hallar un empleo de tiempo completo.

Luis Octavio obtuvo un título universitario y un trabajo de reclutamiento en un colegio. Pero su historia familiar sigue lastrándolo. El año pasado, cuando un periódico local lo expuso como modelo de lo mucho que los inmigrantes mexicanos han contribuido al desarrollo de Utah, mintió sobre el motivo que trajo a su familia a este país. Cuando hace poco le plantearon la posibilidad de hacer un viaje de negocios a Guadalajara, estuvo tentado a aceptar, aunque sólo fuera como desafío.

“Siento una tremenda sensación de impotencia —dijo—, y el único recurso que tengo para hacer frente a esa sensación es separarme de mí mismo y actuar como si la situación de mi padre no existiera”.

La persecución continúa

Una mañana reciente Octavio López se había instalado en un McDonalds cuando sonó su celular. Una mujer en la línea dijo que tenía un mensaje grabado para él. La siguiente voz que escuchó pertenecía al general Gutiérrez.

“Trataron de acabar conmigo, pero no lo consiguieron. Todavía estoy aquí”, dijo el General. Según López, su voz era apenas un susurro.

El general Gutiérrez, de 88 años y en fase terminal de un cáncer de próstata, hablaba desde una cama en el mismo hospital militar donde 16 años atrás se había derrumbado después que lo detuvieron. No había cumplido siquiera la mitad de su condena de 40 años, pero lo habían liberado de la prisión. Habían restaurado su rango —dijeron sus familiares—para que pudiera recibir atención médica militar.

“No nos han dejado con mucho —le dijo el General—pero tenemos que proteger lo poco que nos queda”.

En enero, el gobierno mexicano planteó una vez más el caso del señor López a las autoridades estadounidenses, según un funcionario mexicano. El Departamento de Justicia solicitó que confirmaran si los cargos contra el Sr. López seguían vigentes, y espera que el gobierno de México informe en las próximas semanas, dijo el funcionario mexicano.

“Mientras tanto —dijo—, por lo que a nosotros respecta el caso no está cerrado”.

El Departamento de Justicia y la DEA dijeron que no podían hacer comentarios sobre un asunto que involucraba a un informante confidencial. Sin embargo, un funcionario judicial estadounidense que ha atendido algunas de las solicitudes de México dijo que Washington trataba de ganar tiempo, con la esperanza de que se desistan de los cargos. Estados Unidos no discierne si Octavio López es culpable o blanco de los agentes mexicanos que querían silenciarlo, dijo el funcionario.

“Si fuera por nosotros, haríamos que este caso se retirara —dijo el funcionario—, pero si México decide que todavía lo quiere, no estoy seguro cómo Estados Unidos dirá que no.”

La cooperación en materia de seguridad entre Estados Unidos y México se ha tensado desde diciembre, en que Enrique Peña Nieto inició su mandato como presidente de México. Su administración cree que su predecesor, Felipe Calderón, permitió a Estados Unidos jugar un papel demasiado grande en la determinación de la agenda de seguridad de México y en la organización de las operaciones de aplicación de la ley, dijeron funcionarios de ambos países.

La administración Obama ha luchado para negociar nuevos términos de cooperación, dijeron los funcionarios, y el presidente Obama tiene previsto viajar a México esta semana.

Mientras tanto, la violencia que ha dejado unos 60,000 muertos en los últimos cinco años se recrudece. Y los militares están tan desmoralizado por acusaciones de corrupción y abusos de derechos humanos que algunos de sus mandos se preguntan abiertamente si se retiran de la lucha contra el narcotráfico.

Octavio López sigue religiosamente el desarrollo de estos acontecimientos durante sus

descansos para tomar café por la mañana en el McDonalds, en busca de pistas que pudieran servirle para entender su propia situación. Villarruel, ahora retirado de la DEA, es uno de sus pocos contactos de su anterior vida. López dijo que en la atención pública sobre su caso cifra su única esperanza de un retorno a algo parecido a una vida normal. “Para bien o para mal, es el momento de defenderme”, dijo López.

Cuando se le preguntó qué hará si se le acaba el dinero, López se encogió de hombros y dijo que algo se le ocurrirá. Se compara con Prometeo, el personaje de la mitología griega, cuyo castigo por robar el fuego y dárselo a los humanos era la tortura, sobreviviendo sólo para enfrentar el mismo tormento al día siguiente.

“Cada día es como el primer día para mí —dijo—. Desde que me despierto hasta que me acuesto estoy pensando, pensando, pensando en lo que me pasó. Trato de entender cosas que no tienen sentido. Y eso me consume. Y consume a mi familia. Luego, al día siguiente, me levanto y empiezo de nuevo”.

2 Travesuras de ‘Jennifer’

La actitud desvergonzada de la DEA vendió a “Jennifer” como testigo infalible

Raymundo Riva Palacio *La Opinión*. México. 16 de abril de 2013

Un juez federal absolvió este lunes a Noé Ramírez Mandujano, fiscal antidrogas en el gobierno de Felipe Calderón, por el delito de delincuencia organizada. Es el último funcionario de alto nivel en dejar la cárcel, después de que hace casi cuatro años y medio, el entonces procurador Eduardo Medina Mora, y Marisela Morales, quien se convirtió en la fiscal estrella del calderonismo, desmantelaran toda la estructura de la Subprocuraduría Especializada en Investigación de la Delincuencia Organizada (SEIDO), bajo la acusación de que trabajaba al servicio del cártel de los hermanos Arturo, Héctor y Alfredo Beltrán Leyva, en la llamada “Operación Limpieza”. La libertad de Ramírez Mandujano no es sólo un acto de justicia, a decir del juez, sino la metáfora de lo que se está conformando como uno de los periodos más oscuros dentro de la PGR, donde Morales, que llegó a ser su cabeza, empieza a emerger como un icono en la fabricación de delitos.

Ramírez Mandujano, como otros dos ex jefes de la SEIDO detenidos por su presunta relación con los Beltrán Leyva, fue acusado por “Jennifer”, un testigo protegido de la DEA que trabajó como abogado cercano a Joaquín “El Chapo” Guzmán, que vive en Estados Unidos. “Jennifer” fue la fuente principal de la “Operación Limpieza”, e incriminó también al ex comisionado de la Policía Federal, Gerardo Garay, al ex director de Operaciones Especiales de la Policía Federal, Francisco Navarro, y al ex secretario de Seguridad Pública de Quintana Roo, Salvador Rocha Vargas. Asimismo, fue fuente recurrente de la ex procuradora Morales, y a quien ella o sus colaboradores interrogaron regularmente en Washington, en viajes no se publicitados.

Morales se convirtió, desde que era una funcionaria de recién ingreso a la SEIDO pocos meses antes de la “Operación Limpieza”, en la fiscal más estimada por el ex presidente Felipe Calderón, quien la hizo procuradora al final de su sexenio. Medina Mora, quien la conoció en Los Pinos cuando en el gobierno de Vicente Fox él era director del Cisen y ella llevaba el caso de “El Encino” en contra del entonces jefe de gobierno del Distrito Federal, Andrés Manuel López Obrador, la llevó a la PGR. Hoy, ambos son arrastrados por “Jennifer” y la “Operación Limpieza”. ¿Ingenuidad o incompetencia? ¿Deseos de vendetta o ganas de quedar bien con Calderón? O, simplemente, la obsesión para encarcelar funcionarios, que los cegó ante otras evidencias o a valorar las pruebas de los acusados, colocan al actual embajador en Estados Unidos y a la académica en la Universidad de Florida, en una situación altamente incómoda.

Menos visible, pero quizás más desvergonzada, es la actitud de la DEA, que vendió a “Jennifer” como un testigo infalible. Ex funcionarios federales recuerdan que Morales hizo junto con la DEA su proceso de verificación, y designó a dos ministerios públicos federales, doblemente pasados por controles de confianza por los servicios de inteligencia de Estados Unidos, para interrogarlo y llevar los casos, que tomó como un asunto personal. “Jennifer” es testigo también en otros casos de impacto, como los del ex alcalde de Cancún, Gregorio Sánchez, y el ex jefe de Interpol, Rodolfo de la Guardia, quienes fueron liberados por falta de pruebas. También es uno de los que acusó al general retirado Tomás Ángeles Dauahare, actualmente en prisión, en espera de la sentencia del juez.

“Jennifer” es el hombre de la DEA que ayudó a construir en EEUU la percepción de un estado fallido, donde las instituciones estaban infectadas por el narcotráfico, que controlaba el territorio mexicano. En este mismo espacio, en un texto intitulado simplemente “Jennifer”, se concluyó a finales de enero de este año, cuando la tendencia de las acusaciones del testigo dibujaban la hecatombe judicial: “Jennifer” fue un arma a la cabeza de México, utilizada por Calderón sí, pero que contribuyó al descrédito de un país bajo el disfraz de la guerra —que fue real— contra el narcotráfico, y a la subordinación de su gobierno a Estados Unidos”. Hoy, se ratifica la afirmación.